

# Política



Sara Buesa, vicepresidenta de la Fundación, y el historiador José María Ortiz de Urruño, en la presentación del último seminario que comenzó el pasado jueves.

La historia de ETA está jalonda de muertos, pero también de intentos por zanzar la macabra deriva de la organización terrorista. Uno de los más longevos es el de la Fundación Fernando Buesa, que este jueves y viernes celebró la decimotercera edición de sus seminarios anuales y que, apenas una semana antes, recogió en un libro las intervenciones del pasado año. Estas dos citas recorren la transición entre la respuesta de la sociedad vasca ante el terrorismo y la comparación con la gestión del trauma que episodios semejantes han obtenido en otras latitudes. En el primer aspecto no hay la menor ambigüedad. La fundación que lleva el nombre del ex diputado general de Álava asesinado en febrero de 2000 describe una respuesta de la ciudadanía "muy poco beligerante en general" con los asesinatos terroristas.

El catedrático de Historia Contemporánea, Luis Castells, apoya esta visión en testimonios de las propias víctimas que inciden en el "aislamiento social" al que se vieron sometidas, sobre todo hasta los años 90, frente a la versión "dulcificada y complaciente" que se acoge al mantra de una ETA derrotada por la presión ejercida desde la sociedad. Castells describe un silencio que con el paso del tiempo, y de los cadáveres, se fue tor-

Cuatro años después del cese de la actividad de ETA, la Fundación Fernando Buesa mantiene viva la llama de la búsqueda de respuestas y el análisis del ayer para afrontar con garantías la realidad que vivimos hoy.

↳ Un reportaje de Alberto Abaitua 📷 Fotografía José Ramón Gómez

## Aprender a vivir en paz

nando en una leve crítica ante "la extensión de la amenaza" ejercida por la kale borroka, un "reflujo de movilización" progresivo que tuvo como punto de inflexión el secuestro y posterior asesinato del concejal del PP en Ermua, Miguel Ángel Blanco.

Hasta entonces, atravesado el ecuador de la década de los 90, el historiador vasco dibuja un escenario "sin respuestas sociales sostenidas" ni "apoyo a las víctimas". Incluso llega a asegurar que, "en la realidad, no existían como tal". La reacción de ETA ante la llegada de la democracia fue incrementar su actividad. Entre los años 1968 y 1975, año en el que falleció Franco, la banda armada cometió 45 asesinatos. El número de muertos de 1976 a 1982 subió hasta las 375 víctimas mortales. "Los asesinados eran despedidos en su mayor parte en actos semiprivados, con una escasísima presencia de pública, y a esa ausencia social había que añadir en ocasiones la ausencia institucional", repasa el catedrático. Las primeras protestas públicas contra ETA se produjeron en junio de 1978 tras el asesinato del periodista José María Portell, que había mediado con la organización con el fin de entablar negociaciones.

En las convocatorias que siguieron a las protestas por la muerte de Portell se evitaba el uso del término

## Antonio Rivera

COORDINADOR DEL SEMINARIO

# “Todavía estamos lejos de ser una sociedad normalizada”



Considera que la entrega de armas y la disolución de ETA no resolverán, pese a su importancia, cuarenta años de terrorismo, por lo que insiste en mantener el trabajo actual.

✎ Alberto Abaitua

**GASTEIZ** – Hemos pasado de la respuesta social ante el terrorismo a la reacción frente al trauma colectivo. ¿Esta evolución temática en los seminarios responde a un mero criterio cronológico o hay algo más?

–Tratamos de abordar temas de los que se esté hablando. El año pasado la pregunta era cuál había sido la posición de la sociedad vasca en relación al terrorismo, un debate que estaba sobre la mesa. La intervención de Kepa Aulestia vino a decir que la postura de la sociedad había sido la que había sido y que en la actualidad se corresponde con ese pensamiento muy extendido de echar al olvido. Sentenció esa reflexión con un “la paz era esto”, lo que nos llevó a plantear el debate en esos términos: cómo se reorganizan las sociedades después de un trauma como el terrorismo continuado, una dictadura militar o de otro tipo, una guerra... Nuestro objeto es ver hasta qué punto somos singulares o se repite en otros sitios, cuáles deben ser los ingredientes para una paz que se soporte en puntos de partida comunes.

La valoración del seminario del 2014, recogido en un libro de reciente publicación, se solapa con la celebración de las jornadas de este año. ¿Cómo conjuga ambas iniciativas?

–El año pasado creo que fuimos muy oportunos, que no oportunistas, y creo que este año nos ha vuelto a asistir la suerte. Cuando uno monta una mesa trata de abastecer su propia curiosidad, intentado hacer que su curiosidad sea la del conjunto. Desde siempre ha habido voces encontradas sobre la idoneidad de comparar el caso vasco con el norirlandés. Ustedes han acercado esta realidad a Gasteiz. ¿Qué les llevó a ello?

–Hay mucho parecido y muchas diferencias. Hay una diferencia sustancial, y es que la sociedad norirlandesa era una sociedad dividida, con dos comunidades, que de alguna manera se enfrentaron a través de sus grupos terroristas o de sus grupos armados; hay un equilibrio de violencias. La sociedad vasca no ha sido, ni en los peores momentos, una sociedad dividida en comunidades nacionales. Si ha estado dividida entre quienes defendían el uso de la violencia con fines políticos y quienes estaban radical o pasivamente en contra de

esa actitud. Ese es un factor muy determinante, hasta el punto de que la reorganización política de la sociedad norirlandesa se establece sobre la base de un gobierno de coalición formado por los dos extremos del mapa político. Es una situación que no tiene nada que ver con nosotros, pero sí hay algunas similitudes con respecto al pasado, con esa tendencia de echarlo a un lado y de hacer una consideración muy distante de ese pasado. La pauta que están marcando en Irlanda del Norte se asemeja mucho con la que estamos tomando en Euskadi.

**“Lo importante es que las prácticas cotidianas democráticas no son las mismas aquí que en otros lugares”**

¿Por qué este año no ha habido víctimas en el seminario?

–Porque de lo que se trataba era de presentar varios escenarios y ver cómo en esos escenarios regionales se había resuelto la cuestión. Y cuando digo resuelto no tiene por qué ser necesariamente que se haya resuelto bien. Después de conocer esos escenarios diversos, aterrizamos en Euskadi y tratamos de ver desde perspectivas diferentes qué está pasando aquí. En este caso la voz de las víctimas no era tan singular, aunque algunos de los ítems que queríamos tratar era qué pasa con las víctimas. Aparecieron, aunque no en primera persona.

Entre las ausencias también ha destacado la del recientemente inaugurado Instituto de la Memoria, Gogora, la apuesta del Gobierno Vasco para abordar todos los asuntos relacionados con la revisión crítica del pasado violento y encauzar la convivencia del futuro. ¿A qué se ha debido?

–No hablamos de políticas públicas de memoria, sino que hablamos de cuál es la situación que se está atendiendo socialmente en sociedades postraumas. Hay un proceso de elección y elegir es renunciar, no puedes tener a todos. Los que vienen son representantes de sí mismos, nada más.

**¿El desarme y la disolución de ETA pondrá fin a estas jornadas?**

–Lo tendremos que ir viendo. La Fundación Fernando Buesa es de las más lozanas, de las que está manifestando más vida y capacidad de intervenir a cada momento, pero desde luego la intención de una fundación no es permanecer para siempre. Ojalá un día seamos inservibles y tengamos que echar la persiana. En todo caso, soy de los que piensan que todavía tenemos mucho terreno por delante. En el supuesto formidable de que mañana ETA mostrará su arsenal y dijera adiós, no por eso se habrían resuelto adecuadamente todas las consecuencias de cuarenta años de terrorismo. Lo sustancial son las víctimas, pero inmediatamente después está una sociedad donde las prácticas cotidianas democráticas se han erosionado. Todavía estamos lejos de ser una sociedad normalizada. Ahora no se trata de un problema de los terroristas, el terrorista latente tiene poca importancia. Lo importante es que las prácticas cotidianas democráticas no son las mismas aquí que en otros lugares. ●

ETA. Las manifestaciones que en aquella época recorrían las calles de Euskadi hacían alusión, según recoge Castells, a la paz “ahora y para siempre”. Hubo excepciones como la manifestación que tuvo lugar en Bilbao en 1983 tras el asesinato de Martín Barrios, que contó con una marcha en la que el lema escogido fue *Con el pueblo, contra ETA*.

La visualización de la reacción social tomó como expresión el lazo azul alumbrado desde Gesto por la Paz. Este símbolo creado para mostrar una posición crítica ante el secuestro de Julio Iglesias Zamora, en 1993, provocó una movilización social sin precedentes, pero además continuada. “Se empezaron a combinar manifestaciones multitudinarias con concentraciones semanales en varios lugares de Euskadi”, narra Castells. La muerte de Miguel Ángel Blanco marcó una nueva etapa en las reivindicaciones sociales y sirvió para cerrar filas en torno a unas víctimas que hasta entonces no habían

sentido, en muchos casos, el respaldo que demandaban. Para conocer esta realidad, la Fundación Buesa reunió el pasado año a Patxi Elola, ex miembro de la banda y víctima, y a Pili Zabala, hermana de José Ignacio Zabala, asesinado por el GAL junto a su compañero de organización, José Antonio Lasa.

Elola, quien perteneció a ETA en las postrimerías del franquismo, sufrió un atentado en su pabellón de trabajo. Corría el año 1999 y acababa de ser nombrado concejal de Zarautz bajo las siglas del PSE. “A partir de ese momento tú sabes que si antes preveías que podías ser un objetivo, ya te han marcado. Es una ratificación de lo que a partir de entonces te puede volver a pasar”, relató. A diferencia de otros compañeros y de otros épocas, Elola no sintió un rechazo social, al contrario, recordó con agrado “el cariño y la solidaridad de muchos zarautzarras, y eso reconforta y anima”.

Bien diferente es el caso de Pili Zabala, quien siendo una niña supo de la pérdida de su hermano. “Durante años he sufrido mucho dolor por una sinrazón y una injusticia que durante demasiado tiempo ha estado oculta”, relató. Hoy en día el Gobierno español sigue sin reconocer a su hermano como víctima del terrorismo. ●

**La Fundación Buesa publicó hace dos semanas su duodécimo seminario y el pasado jueves inició la decimotercera edición**

José M. Ortiz de Orruño